

D O S

Jean Nouel

El poeta, para ser feliz, apenas necesita morir. La esperanza le basta. Intuye que en ello está quizás la vida que le es negada.

El poeta debe olvidar, si quiere ser feliz, que ha visto, en los ojos de un niño macilento, el anuncio de aquello que lo salva.

El poeta debe cantar alegremente el embrujo de las flores que el jardín del banquero ilumina.

El poeta debe mirar con afecto al cabrón que ceba las queridas del duque, y la injusticia que asoma en la pobreza de los hospitales donde cada instante fallece un infeliz abandonado.

Los soñados parques iniciados por el tirano lujurioso para su solaz y que más tarde sirvieron para alzar un pedestal de un jefe demócrata que odiaba el cemento armado;

los caminos amplios de viejo origen y los senderos sucios y las zanjas por las que caminan pies descalzos de niños;

la escuela en ruinas, sin pizarrón y sin maestro se ha ido, infeliz, a sembrar maíz:

el dinero abundante que puso Dios en nuestras manos y que la incuria y la avaricia han venido robando de las arcas, y la tristeza de las calles solitarias azotadas por la angustia;

la comida escasa y limpia que antaño gozábamos;
la seguridad de encontrar un certificado a la hora del
duelo y una cruz de ladrillo numerado que diga quién cayó
debajo;

la casa donde reposan las cenizas del Héroe, hoy
profanada por la profusión de cortesanos que se apiñan en
turbia mezcolanza junto a unos cuantos hombres dignos.

Todo debe olvidar el poeta en busca de su soñada
felicidad.

El poeta debe cantar la dulce voz de la muchacha que
muestra en su danza la lúbrica pantorrilla.

El poeta debe cuajar en su boca afirmativas alaban-
zas y debe adorar al Duque que se enriquece a dos manos:
La una robando el dinero público. La otra engordando su
propio ganado.

La poesía debe ser sólo alabanza y loa. Ditirambo y
glosa de la belleza dominante y alimenticia.

Debe servir para arrimarlo al calor de la brasa y debe
servir para estirar la mano y recibir la gracia de un
mendrugo, cuando el alabado gobernante, hastiado de sus
mujeres y eunucos, quiera que suene en sus orejas peludas
de fauno desbocado, la música de arpa y la melodía de
áulico cantares.

Mientras canta, el poeta debe escoger entre dos
puntos:

Morir en silencio, creyendo firmemente que algún
demente descubra belleza en sus cenizas para llevarlo a un
escaño del Olimpo, donde bese las sandalias fatigadas de
algún consagrado o discutir las sobras con los perros
callejeros.

El poeta puede olvidar que ha visto el rostro de la
muerte asomado en el rostro adolorido de los niños.

Olvidar las actitudes dobladas de otros que, a
cambio de pedazos de riqueza, dedican su esfuerzo y su
imaginación al dulce canto en los jardines de Palacio.

Y a limpiar las zapatillas de las prostitutas que se
regodean en la cama del Capitán.

Tanto recurso hay para ser feliz y alabado que extraña que aún subsistan quienes pretenden andar por las calles con los pies desnudos, ajados, sucios, maldiciendo.

Siendo tan simple y gratificante sentarse en un Despacho de lujo, adormecido por música acomodaticias alimentado con la sonrisa de hetairas, obedeciendo mandatos de algún jefe patán y ladrón que le lanza sobras y despojos.

Preferirá el poeta, porque su alma nació de vientre diferente, y no se siente proclive al hermafroditismo, ni a la adulancia del poderoso, preferirá ladrar incansable tras las rejas de su jaula, como chacal hambriento, sobreviviente.

Preferirá morder a lamer. Preferirá morir, carcomido por la sarna de su sana miseria, a caminar olisqueando la huella sucia de un amo y preferirá dormir soñando con sus festines imposibles al halago de las adulaciones, los elogios y las cortesanas.

Mientras se prepara y afila sus colmillos destrenzados con la idea de despedazar los testículos de los majaderos que piden caricia y clavar sus garras sucias en los riñones inútiles de todos los imbéciles que disfrutaban con la miseria y la desgracia ajena.

El Poeta, simplemente, muere.

Muere, porque está convencido de la bondad de su muerte. De la perfección de una muerte que significa eliminar su propio estorbo de la senda de sus semejantes, aunque estos sean hienas y otros carroñeros usufructuantes de despojos humanos.

El Poeta, simplemente, muere.



